



El guía

Sophia Calderoni



ra el momento de dar un paso adelante.

Durante los últimos cinco años, John había estado viviendo con el maestro. Había aprendido tanto, había recibido tanto. Y tanto había cambiado. De pie, solo en el jardín, recordó cómo había llegado por primera vez para ver al maestro. Tenía entonces sólo 22 años y acababa de terminar su licenciatura en psicología. Sin embargo, todavía no sabía qué quería hacer con su vida. Sucedió que un día vio un aviso en uno de los herbolarios cerca de Portobello Road acerca de un maestro sufí que visitaba Londres. A esa altura no sabía realmente qué era un maestro sufí, pero sintió un impulso irresistible de llamarle. El resto era historia. Se inició un poco después, y más tarde el maestro le invitó a vivir con él durante algún tiempo en su país nativo. Por supuesto, había aceptado, empaquetando todas sus pertenencias y simplemente desapareciendo poco después. Sólo sus padres sabían que había abandonado el país, aunque ni siquiera ellos sabían por qué.

Durante su estancia con el maestro, todo el mundo le trató con la mayor cortesía y amabilidad. El centro del maestro estaba en un tranquilo barrio en mitad de una ciudad muy ruidosa. No le importaba nada que no le hubieran dado un cuarto para él solo. Tenía que vivir en la

sala principal de reuniones donde se quedaban todos los visitantes. Por primera vez en su vida, no tenía privacidad de ningún tipo. Eso había sido lo más duro para él. Estaba rodeado constantemente de gente. A veces querían hablarle, a veces querían su ayuda para las diversas tareas que había que hacer, y a menudo simplemente se quedaban mirándole fijamente porque resultaba tan distinto de lo que estaban acostumbrados a ver. Le llevó un tiempo adaptarse a todo esto. Sin embargo, de alguna forma le ayudó a desarrollar más tolerancia hacia los demás.

Pero había una cosa que le dejaba profundamente perplejo; el hecho de que prácticamente todo el mundo que acudía al maestro para iniciarse fuera aceptado. El maestro casi nunca rechazaba a nadie excepto cuando la persona estaba tan trastornada que podía poner en riesgo a los demás. Para él, era obvio que la mayoría de estas gentes no estaba realmente interesada en la senda espiritual. Casi todos venían sólo para hacer negocios, encontrar una esposa o un trabajo. En resumen, por lo que él podía ver, sólo unos pocos buscaban realmente a Dios; el resto perseguía otras cosas. Y le resultó muy divertido que el maestro conociese perfectamente las intenciones de cada uno pero que jamás dijese una palabra acerca de ello.



Tras unas semanas en el centro, el maestro le preguntó si quería continuar sus estudios allí. John contestó que deseaba mucho estudiar las obras de los grandes sufíes en su lengua original. Así que se matriculó en la universidad local y comenzó a estudiar en serio el persa, el árabe y el turco. Por la noche se quedaba sentado durante horas, meditando. De alguna forma le hacía sentirse a gusto consigo mismo, y por primera vez en su vida sintió como si controlara sus pensamientos y emociones. Esto era lo que más deseaba de todo —controlar sus estados psicológicos.

Desde su cuarto el maestro podía ver a John. Aunque estaba contento con el progreso del muchacho en la Senda, el maestro sabía que John todavía tenía mucho que aprender. Por encima de todo, sabía que John todavía no había entendido de verdad la idea de que uno tenía que amar a los demás por lo que eran. Por ello, el maestro sabía que tendría que enviar a John de vuelta a Inglaterra. Era el momento de que él aprendiera según su propia experiencia.

Tras informar a John de su decisión, el maestro le preguntó si sabía lo que haría una vez de vuelta a su hogar.

«No tengo ni idea», contestó John. «Quizá haya algo que usted quiera que haga allí».

«Creo que deberías hacer lo que te haga feliz», le dijo el maestro.

«Estoy seguro de que podré encontrar algo que hacer una vez que llegue allí».

Encontrar algo que hacer era la menor de las preocupaciones de John. Quería hacerle al maestro la pregunta que le había estado incordiando desde que le dijera que se marchase. Sin embargo, justo cuando iba a hacer la pregunta, sintió la mirada del maestro penetrar su interior, y antes de que pudiera pronunciar una palabra, se sintió totalmente reafirmado por el maestro.

«No estarás solo», le hizo saber el maestro. «Habrá también otras personas. No te preocupes; te encontrarán. Una vez que te instales, llegarán a ti y tendrás que guiarles».

«¿Guiarles?»

«Sí. Mañana hablaremos más acerca de esto antes de que partas. Pero de momento tienes que ir a prepararte para tu viaje». Con una sonrisa amable, el maestro se alejó andando para regar su jardín.

John se sintió orgulloso, aunque esto no fuera algo que hubiera deseado o previsto. Inicialmente, había acudido al maestro porque necesitaba descubrir alguna verdad profunda sobre sí mismo y sobre el mundo, por no mencionar que le poseía el ardiente deseo de controlar sus emociones. No estaba seguro de si había

Aparte de ser sincero contigo mismo y con los demás, sólo necesitas saber una única cosa, y esa es darle a cada uno lo que te pida.

descubierto lo que buscaba. Para ser honesto, en ese momento de su vida ni siquiera le preocupaba si llegaría a encontrarla alguna vez. Era amado por el maestro, y eso era suficiente para él. Pero no era algo que pudiera explicar a cualquiera. ¿De qué forma podría él guiar a los demás? En lo que a él se refería, no sabía ni lo más mínimo sobre la espiritualidad, por no hablar del sufismo. Cuanto más pensaba acerca de ello, más confundido se volvía. Una pregunta tras otra, un pensamiento tras otro, comenzaron a invadir su mente. Al final no pudo evitar pensar que el maestro era un poco ingenuo acerca de este asunto. No conocía realmente la cultura occidental. «No puedes simplemente presentarte allí y decir que eres un guía. La gente quiere credenciales, incluso de un guía espiritual. ¿Qué les voy a decir?» pensó para sus adentros. «¿Que he estado viviendo con

un maestro sufí durante los últimos cinco años? Y qué, dirán. No, mañana tendré que hablar de nuevo con el maestro. Estoy seguro de que cuando le explique todo, entenderá que es imposible para mí volver a Inglaterra como guía».

John se hallaba de pie junto a la puerta con sus maletas. Estaban llenas de libros, aunque no había olvidado comprar algunos regalos para su familia, a la que estaba muy ansioso por ver después de cinco años. Ya había dicho adiós a todos los sufíes mientras aguardaba a ver al maestro por última vez. Había repasado sus argumentos durante la noche anterior. Volvía a repasarlos ahora, mientras se preparaba para explicar al maestro por qué simplemente no le era posible actuar como guía espiritual para los demás.

«Pareces estar listo para tu largo viaje», dijo el maestro.

«Sí», contestó John, intentando controlar sus lágrimas.

«Todo va a salir bien. Estoy seguro de que te voy a ver pronto. Bon voyage», y con estas palabras el maestro le abrazó y

besó sus mejillas.

«Pero hay algo de lo que tengo que hablar con usted», rogó John.

Con su mano el maestro hizo un gesto para que John continuase. Pero en ese momento olvidó el prolijo razonamiento que tan cuidadosamente había preparado la noche anterior.

«Es acerca de lo que me dijo usted ayer... acerca de guiar a otras personas cuando esté en Inglaterra», y eso fue todo lo que John pudo balbucir.

Sin tomarse el asunto demasiado en serio, el maestro sonrió:

«Aparte de ser sincero contigo mismo y con los demás, sólo necesitas saber una única cosa, y esa es darle a cada uno lo que te pida. La gente llega a la senda espiritual con ciertas ideas fijas y deseos en mente. Si puedes satisfacer sus anhelos, entonces eres un buen guía a sus ojos y será más improbable que te hagan daño.»

Además, satisfacer los deseos de los demás es bueno para tu ego. No te preocupes, al final entenderás lo que quiero decir». Entonces comenzó a reír mientras hacía gestos para que John se fuese.

John se sentía totalmente hastiado con su vida, lo cual, dados ciertos sucesos recientes, resultaba comprensible. El año de vuelta en Inglaterra había sido, como poco, rico en acontecimientos. Tres semanas antes su novia le había dejado. «Eres un engreído, John. Te crees que estás en un viaje espiritual, pero la verdad es que los demás no te importan un comino», fueron sus últimas palabras. Y dos días antes había perdido su trabajo, aunque no porque le hubieran despedido. No, le necesitaban mucho, pero su arrogancia le había metido en problemas. Había amenazado con dimitir si su supervisor no adoptaba sus ideas para mejorar el ambiente de trabajo. Por supuesto, nadie le había escuchado y había tenido que dimitir sólo para demostrarles que lo había dicho en serio. Qué pena que no pudiera pedir una carta de recomendación, pensó para sí mismo. ¿Qué había salido mal? ¿Por qué estaba su vida hecha tal lío? se preguntaba continuamente.

«Sólo un capuchino, por favor», dijo John al camarero.

Necesitaba estar solo durante un rato para pensar bien sobre todas las cosas. El café siempre le había ayudado a concentrarse, pero en lo más profundo de su corazón sabía que no por mucho pensar iba a salir de esta. Era el momento de la acción. Tal vez se imponía otra visita al maestro. Por lo menos el café y el periódico le ayudarían a olvidarse de sí mismo y de sus problemas durante un rato. Sacó el periódico del bolsillo de su impermeable y comenzó a buscar un titular interesante. No fue difícil encontrar uno. Era el tipo de persona que podía sumergirse en casi cualquier tipo de texto. Había leído cerca de media hora cuando el camarero volvió de nuevo preguntando si necesitaba alguna cosa.

«Sí, otro capuchino, por favor».

John tiró el periódico a la silla que estaba a su lado y dejó vagar su mente. Le llevó sólo un par de minutos comenzar a recordar sus días junto al maestro. «Con él, la vida era tan fácil y llena de sentido», reflexionó. Entonces recordó las últimas palabras que el maestro le dirigiera acerca de guiar a los demás. Todavía no había entendido lo que había querido decir con ello. Pero, a medida que meditaba sobre aquellas palabras, llegó a la conclusión de que en realidad entendía a qué se refería el maestro y, sin embargo, aún lograba persuadirse de que el maestro estaba completamente equivocado en este asunto. Sus ideas simplemente no podían ser puestas en práctica en esta sociedad. La sociedad occidental era diferente de la oriental. Tal vez en el este tú podías dar a la gente lo que quisieran sin que te pisotearan, pero aquí serías un loco si hicieras esto. El interés hacia uno mismo era la fuerza motriz en la sociedad occidental. Simplemente no podías ir contra corriente: simplemente no funcionaría, se dijo a sí mismo.

Entonces, de repente, como si le hubiera golpeado un relámpago, John se dio cuenta de que había sido un burro. Desde su vuelta a Inglaterra, lo había hecho todo a su propio modo, y como resultado su vida era un completo desastre. Y todavía tenía la indecencia y arrogancia de culpar al maestro por sugerir un modo de vida que ni siquiera había intentado adoptar. Sentado allí, solo, John sintió una profunda vergüenza.

Al principio, cuando había regresado a Inglaterra, se había sentido tranquilo y al mando de la situación. Tenerlo todo bajo control era tal vez la cosa más importante en esta vida. Se había matriculado en la universidad para continuar sus estudios lingüísticos. También había conseguido un trabajo a tiempo parcial como traductor para el servicio de Inmigración. Había vivido solo durante algún tiempo porque era importante para él tener paz y tranquilidad para poder estudiar y meditar.

Tras algunos meses, sin embargo, se dio cuenta de que ni siquiera había

dado los primeros pasos hacia lo que el maestro le había pedido que hiciera. Había pensado mucho acerca de cómo ir buscando discípulos y finalmente decidió colgar algunos carteles por la universidad y en herbolarios. En letras grandes se leía: «Sufismo: Meditación y Práctica» y debajo estaba su nombre y número de teléfono. Después, compró muchos cojines y los colocó alrededor de su cuarto donde la gente pudiera sentarse y meditar. Recibió algunas llamadas de teléfono la semana después de poner sus carteles, y en un mes tenía cerca de 15 personas que venían a su casa para meditar y discutir acerca del sufismo. Las reuniones semanales consistían fundamentalmente en que él leía algún texto clásico sufí en su idioma original, traduciéndolo, y luego lo interpretaba para ellos.

Fue una época excitante tanto para John como para sus invitados. En lo que a él se refería, eso es todo lo que eran —invitados, no discípulos, ni siquiera estudiantes. Les dijo desde el principio que no tenía la autoridad para iniciar a nadie en la senda sufí; que, en resumidas cuentas, él intentaba hacer lo que su maestro le había pedido que hiciera.

Al principio, le supuso una tremenda alegría compartir su experiencia vital con otros. Les habló sobre el maestro, sobre la vida en el centro con los demás sufíes, sobre la cultura persa. John tenía una personalidad muy agradable y todo el mundo aguardaba expectante el momento de oírle hablar sobre el lado práctico del sufismo una vez que terminaba la meditación. «El ego es el obstáculo máximo en nuestro viaje hacia la Verdad y el amor es la única forma de vencerlo: el amor hacia el maestro, hacia los compañeros de camino y en última instancia hacia toda la creación», solía decir John a su audiencia. De alguna forma sentía que no le creían, tal vez porque en lo más profundo de su interior él tampoco creía lo que decía.

Gradualmente, sin embargo, John comenzó a sentir que esas sesiones no conducían a ninguna parte. Estaba insatisfecho. Sentía que la mayor parte de sus huéspedes no estaban

realmente «metidos» en el sufismo. Llegaban para disfrutar de la paz y quietud de la meditación en grupo, pero no se mostraban dispuestos a abandonar nada por el bien de los demás o por Dios, tan inmersos como estaban en el mundo material.

«¿Cómo pueden esas personas comenzar a entender a Dios cuando, desde que rompe el alba hasta el ocaso, todo en lo que piensan es en sí mismos?» dijo John a un amigo un día. «Pero no es realmente culpa suya», continuó. «Pertenece a una cultura que abraza y estimula el ego. Grosso modo, esta cultura consiste en promocionarse a uno mismo; por otro lado, tal vez haya sitio para el crecimiento espiritual. Pero incluso el crecimiento espiritual significa aquí mejorarse a sí mismo espiritualmente. Todo se resume en el pequeño “yo”, y en mejorarlo. ¿Cómo podría enseñar a estas personas a olvidarse de este pequeño “yo”?».

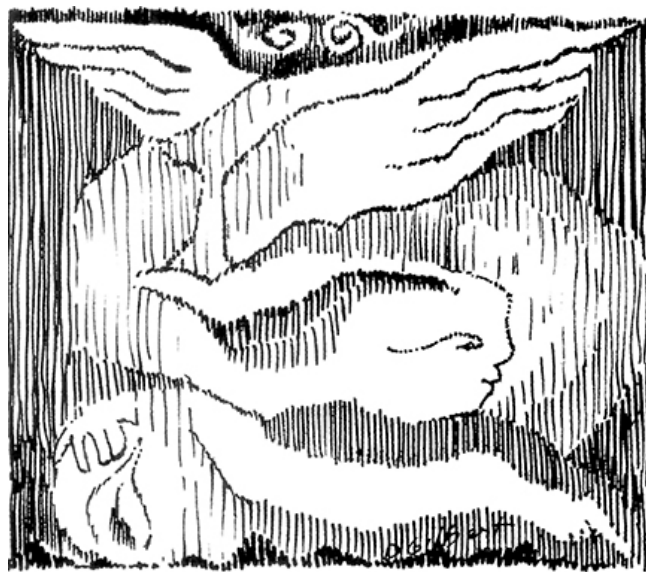
Cada vez más, John sonaba como una persona que ha completado la Senda. Pero, a diferencia de un auténtico guía, se volvió muy crítico y sentencioso sobre la gente que acudía a él para obtener guía.

«Tal vez me ha llegado el momento de que sea honesto y directo con mis invitados», pensó John para sí mismo mientras bebía las últimas gotas de su segundo capuchino. Sí, se convenció, esta noche tendría que dar una charla en la que hiciera saber a sus invitados, sin medias tintas, lo que realmente sentía por ellos. ¿Acaso el maestro no le había pedido específicamente que fuera sincero con los demás? Quizá al menos unos pocos entenderían de qué hablaba. Como un autómatas, pagó los capuchinos en caja y volvió a colocar el periódico en su bolsillo. Se estaba concentrando únicamente en la reunión de esa noche. Si su charla iba a ser efectiva, se dijo a sí mismo, entonces debería ser corta y directa al grano.

Aquella noche en la reunión, en

vez de presentar algunas de las traducciones de la poesía de 'Attār, como les había dicho que haría la semana anterior, comenzó dejando que sus invitados supieran que sus búsquedas de la Verdad estaban empañadas por sus respectivos egoísmos.

«Cada uno de vosotros está aquí no por Dios, sino por vosotros mismos. Venís aquí por muchas razones egoístas. Algunos buscáis la paz mental, otros queréis ser capaces de vivir en armonía con los demás, otros queréis ser mejores personas y otros incluso queréis avanzar en el camino



espiritual. Pero nada de eso debería ser el objetivo. El objetivo es *no* ser —no querer o desear nada más que a Dios. Pero todos vosotros os esforzáis duramente por ser de esta o de aquella manera, por desear este o aquel estado».

Mientras John ordenaba sus pensamientos antes de continuar con su charla sobre las muchas trampas del ego, vio que uno de los miembros del grupo se levantaba para irse. Era Ruth, quien se mostraba evidentemente agitada por los comentarios de John. No se trataba desde luego de una novicia en las tradiciones espirituales orientales. Había viajado a lo largo y ancho del este buscando tradiciones espirituales auténticas y había leído profusamente sobre ellas. De ser otra persona, probablemente John la habría dejado marchar. Pero

dado que ella representaba tal autoridad en el grupo, sintió que tenía que decir algo.

«Ruth, ¿no puedes quedarte sólo durante 10 minutos más? Te prometo que habré terminado para entonces», se descubrió John diciendo sin intención consciente.

«No, creo que he escuchado suficiente», respondió Ruth. Pero tampoco ella podía dejarlo pasar así. «¿Te has preguntado alguna vez cómo alguien puede practicar esta no-existencia de la que siempre estás hablando? ¿Es algo que uno puede hacer desde su propia voluntad? Una y otra vez te olvidas de un factor ineludible en todo este asunto, y ese es la gracia de Dios. Sin ella, somos un puñado de simples pretendientes a los que constantemente se les puede recordar su propia ineptitud y mezquindad. En cualquier caso, tú mismo tampoco parece desear sólo a Dios. Porque si lo hicieras, no te habría importado lo más mínimo a qué nos dedicamos el resto, pues a una persona centrada sólo en Dios le parece que en cualquier caso todo proviene de Él». Habiendo dicho esto, Ruth se dio la vuelta y abandonó el cuarto.

John estaba estupefacto. Todo era verdad, todo cuanto ella había dicho. Así lo sentía. Supo en ese mismo momento que ya no podía seguir hablando sobre el sufismo. Ni era un sufí ahora ni nunca lo había sido, ni siquiera mientras vivía con el maestro. «Darle a cada uno lo que te pida», dijo en voz alta, recordando las palabras del maestro. En este momento vio que eso significaba aceptar a las personas tal y como son, no como uno quiere que sean.

Comenzó a entender. Por primera vez, comenzó a entender.

